

dominaba el contagio de la locura común y colectiva.

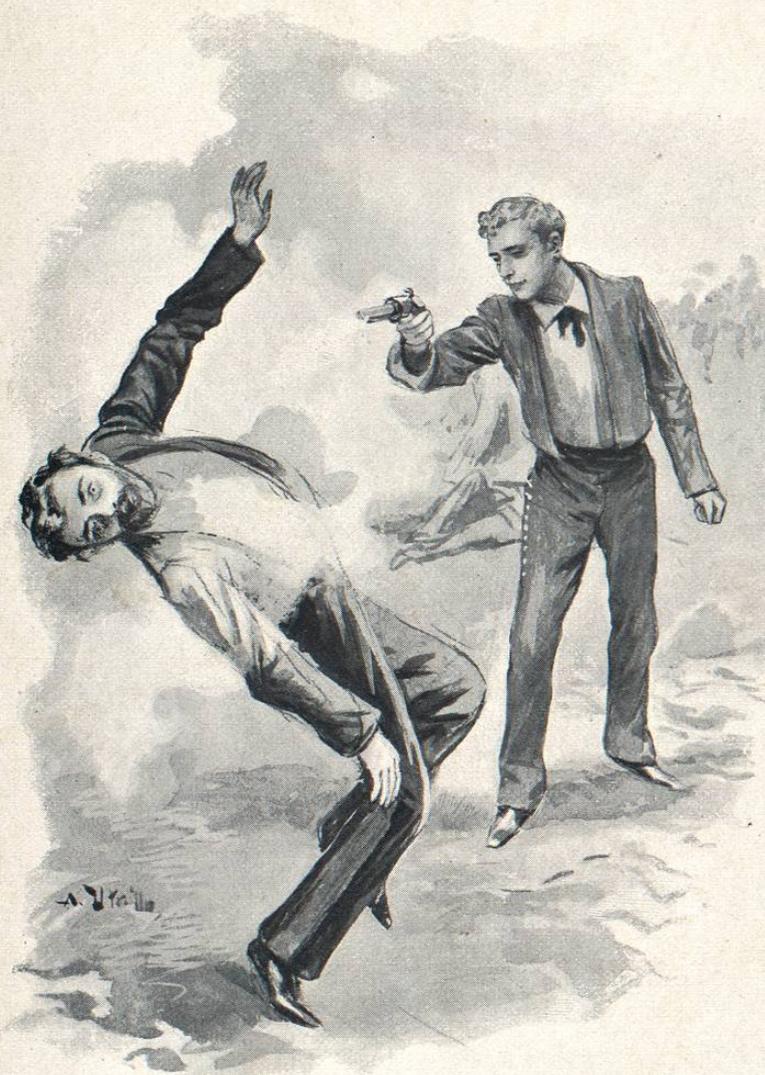
Me tiró un tajo y arrojó el pesado armatoste que traía en la otra mano: le disparé un tiro de pistola y vi con goce canibalesco que caía revolcándose en su sangre. Allí le dejé para asistir al combate más desesperado, al más tremendo frenesí que podía pensarse. Eran luchas cuerpo á cuerpo, luchas personales en que los fusiles se utilizaban como mazas, en que se hacía uso de los dientes y de las uñas, en que se hería al amigo pensándose que se dañaba al contrario.

Oímos al cabo un clarín que llamaba á retirada, y abandonamos aquel campo en que dejábamos cadáveres con los intestinos de fuera, armas dispersas, caballos y caballeros en confusión.

Ya era tiempo; había durado el combate cuatro horas y estábamos extenuados hasta la inanición. Habíamos avanzado hasta Belem, el Santuario y Santo Domingo, y los del gobierno iban de corrida.

El 6 de Enero, herido y lleno de despecho, levantó Miñón el sitio, y quedamos nosotros orgullosos de haber vencido al gobierno y de haber salídonos con la nuestra.

López-Portillo declaró que prescindía de sus pretensiones legales; pero de nada le valió ante la justicia de Uraga, quien dispuso en un decreto que con los bienes de los comprometidos contra la revolución, debían fundarse



Allí le dejé para asistir...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada 1625 MONTERREY, MEXICO

bancos con cuyos fondos se había de socorrer á los perjudicados por la guerra.

El veinte, acompañado por mi patrono Suárez y algunos oficiales, salió de Guadalajara el General triunfador. Excusado es decir que yo formaba en el número de los del cortejo y que me hallaba como niño con zapatos nuevos ante la perspectiva de conocer la famosa ciudad de los palacios, que adornaba en mi imaginación con tales galas, que mal año para Quivira y Samarcanda.

Por donde quiera que pasábamos éramos recibidos en palmitas, recitándosenos sin cesar el mismo tema: que íbamos (digo *íbamos* como el mosquito que desde la carreta que transitaba por un camino polvoso, decía para su aguijón «qué polvareda vamos levantando»), que íbamos á regenerar el país, á establecer la paz, á poner en su sitio á los malditos extranjeros que tanta mano habían tenido en el gobierno anterior, á hacer feliz á la República y á cambiar la faz del mundo.

En cada posta de la diligencia nos salían á recibir los notables del pueblo: el presidente municipal, el jefe político, el recaudador de contribuciones, el maestro de escuela, y después de echarnos, sobre todo al General, una rociada de incienso que nos sofocaba, hacían sus peticiones, encaminadas á demostrar que la gente de viso, seria, honrada y amiga del nuevo orden de cosas, era la que estaba presente, y no las infectas familias López, Arroyo,

Martín y demás que no habían concurrido á la manifestación y que se distinguían por su sospechoso moderantismo.

En Tlaxochimaco mi padre salió á darnos la bienvenida, y el pobre estaba tan satisfecho y engreído con mi presencia entre aquel grupo selecto, que casi, casi se inclinaba á abjurar su liberalismo rabioso, pues se figuraba que aquella revuelta era cosa mía, y que la había hecho para demostrar mi grandísimo talento y para dar un reproche al torpe del mayorazgo, que se había considerado deshonorado si me daba su hija.

El cual mayorazgo apareció por allí, y me tendió la mano con tan buena gracia, que me las prometí muy felices de su amabilidad. A Trini no pude hablarla, porque hacía dos meses que vivía en la hacienda, en compañía de la madre: allá las habían sorprendido las *piccas*, y la estancia se venía prolongando más de la cuenta.

Algunas veces, mientras cerraba los ojos, aletargado por la siesta, sorprendía entre Suárez y el General, diálogos que me ponían los pelos de punta, porque me demostraban que faltaba todavía el rabo por desollar en el asunto aquél en que estábamos metidos.

— Sí, decía Uraga, es cierto que usted y los amigos me han traído á este negocio; pero no dude que empezando los arreglos tendré que dejar el campo á otros más dichosos y que llenarán de incienso al que viene. Yo no sé adular, amigo Suárez, yo no sé fingir ni plegarme á los

dictados del que manda. Por eso Santa Anna me hizo el terrible desaire que usted sabe, y Arista me relevó del mando de fuerzas que yo había criado y disciplinado, posponiéndome á Severo del Castillo. Así, pues, tan pronto como vea al grande hombre instalado en el Palacio nacional, renuncio al mando, tomo el camino de mi finquita de campo y dejo que otros hagan dichosa esta patria que yo amo tanto.

— Pero, General, ¿qué está usted diciendo? exclamaba Suárez meloso y lleno de aspavientos; ¡si el señor Santa Anna cuenta, como debe contar, con la entereza, el valor civil, el talento clarísimo y la instrucción de usted! No hay que darle vueltas; usted será nuestro Ministro de la Guerra y no sabemos si algo más andando los tiempos.

— No, contestaba el otro; yo ya acabé mi carrera, y es en vano querer llamarme con reclamos amistosos. Créame, don Juan, el prestigio que usted me concede, la corta instrucción que he acumulado, mi habilidad ó mi suerte para obtener éxitos lisonjeros, tienen en contra cosas terribles: se me llama traidor, se dice que me vendo al mejor postor, y todo eso no es cierto. Usted conoce á este viejo Pepe, á este amigo leal á quien la suerte persigue sin tregua, y sabe bien que es víctima de indignas maquinaciones y de tremendos artificios.

— Nada me diga, General, nada me diga, que esos

pesimismo van á desaparecer pronto, Dios mediante. Y luego, que la gran obra que usted acometió no está concluída. Ciertamente hemos vencido al infame Arista; pero aun nos quedan Rebolledo con sus pretensiones de organizar un territorio en Orizaba; Mazatlán, pronunciado; Zacatecas, sufriendo con las depredaciones de los indios y con los salteadores de caminos; San Luis Potosí, donde el asesinato de don Julián de los Reyes ha dejado á aquella gente desmoralizada y falta de bríos; Bravo y Álvarez, en actitud casi hostil en Guerrero; Aguascalientes con las pretensiones de formar una nueva entidad; y todo revuelto, disgregado, falto de nervio y de fe, con dificultades hacendarias, medrosos los capitales é impotente el gobierno.

— Pues, amigo, no hay más que establecer á toda prisa la federación, porque la cosa urge.

— Al contrario, mi General, al contrario; hay que unir en vez de separar; ya me lo decía hace poco el señor General Santa Anna: «Yo no puedo permitir que los congresos sigan aniquilando al pueblo; yo no quiero que la maldita federación vuelva á resucitar de sus cenizas, ni quiero esas farsas de abogadillos tramposos que han imperado á la sombra de instituciones detestables.»

— Parece mentira; pero en esas cosas también sigo la teoría de mi ilustre jefe: este país necesita el gobierno de uno solo, y palos á diestra y siniestra.

— En cambio yo no opino así: hay que apretar, pero no ahogar. Yo, usted lo sabe bien, he pensado siempre que aquí se necesita un brazo fuerte; pero usted me lo perdone, ese brazo no puede ser el del soldado de Veracruz, que aquí tiene poderosos enemigos. Vendría mejor un jefe tan bien querido, que aplacara todos los odios; tan hábil, que supiera atraerse todas las voluntades; tan valiente, que mantuviera á raya á todos los disidentes; tan instruído, que en el extranjero se le viera con respeto, y tan lleno, en fin, de cualidades, que operara la fusión de todos los partidos.

— Pues échese usted, señor General, á buscar ese monstruo, y no le hallará ni con la linterna de Diógenes. Y á no ser que mi querido amigo don José López Uruga se decidiera á hacer á un lado sus escrúpulos, no sé quién pudiera servir para esos altísimos fines.

Replicaba el otro amostazado, insistía adulator don Juan, y todo terminaba con estar acordes en que aquí se necesitaba pedir á Dios pusiera muchísimo tiento en las manos del que había de tocar el pandero gubernamental.

Como aquí todo se ha arreglado con planes y pronunciamientos; como en aquellos benditísimos tiempos cada politicastro se figuraba tener el secreto de la salvación del país, mediante un documento en que se ordenara á los mexicanos ser justos y felices, á cada parada de la dili-

gencia teníamos un comisionado que llegaba reventando caballos para proponer á Uraga unas veces llamar á Santa Anna, otras prescindir de Santa Anna, algunos gobernar mediante el terror y otros mandar por la blandura.

El primero que llegó, con pretexto de felicitar al General y llevarle las enhorabuenas de sus amigos de México, fué el Padre don Francisco Javier Miranda, á



EL P. D. FRANCISCO JAVIER MIRANDA

quien después conocí mucho, cuando conspiraba contra los liberales con una fecundidad y agudeza de ingenio de que hay pocos ejemplos.

Llevaba el bueno del Padre, á lo que dijeron entonces, un plan conservador que valía lo que pesaba de oro; y aunque después negó su participación en el infundio, parece que era verdad su embajada.

Uraga se dejaba querer y gustaba de figurar como el pacificador de la nación; pero Suárez, que no era lerdo, no quiso comprometerse y tomó el camino de México en mi sola compañía.

Después supimos que Uraga había encomendado un

nuevo arreglito al Licenciado don Antonio Escoto, que no le había satisfecho y se había calentado los sesos por varios días con una exposición que le dirigieron de México, y que por fin se había puesto al habla con el Coronel Robles, hombre de Arista y jefe de todas las tropas que habían estado á las órdenes de Miñón, que andaban entonces como el alma de Garibay.

Resultado del convenio fué un planecito en que se dejaba subsistente el del Hospicio; pero quitándole todo cuanto lo constituía; se llamaba á Santa Anna y al mismo tiempo se le dejaba de fuera de cuadro; se establecía la república y se proclamaba la más desenfrenada y espantosa dictadura. En fin, que tenía razón aquel que decía que las bellas artes eran cinco: música, poesía, pintura, escultura y arquitectura, de la cual la parte más hermosa y principal se llamaba *pastelería*.

¡Y vaya si eran pasteleros los autores de aquel enjuague!

En cambio, el Catón, el romano recto, el caballero de la libertad, el soldado del pueblo, Uraga, abdicaba de todas sus tradiciones y se ponía de parte de los pícaros que querían acabar con las leyes.

Siempre me pareció un ambiciosillo vulgar ese marracho, á quien tenían sus amigos por un Napoleón en ciernes.

Por fin, después de anegarnos en el Bajío, de contem-

plar el Carmen de Celaya, de saltar en las piedras de los Llanos del Cazadero, de ser robados por el fondista de San Juan del Río y de despeñarnos en Tula, llegamos á México tal día como el 28 de Enero de 1853.



CAPÍTULO IX

La ciudad de los palacios... por hacer

PODRÍA haber dicho que el gozo me reventaba por las cinchas del caballo, si no fuera que no caminaba sino en coche; mi impaciencia era tanta, que no dejaba un punto de sacar la cabeza por la portezuela, como explorando el horizonte. Pero si se exceptúa algunas vacas tísicas que pastaban á la vera del camino, muchos carros y cabalgaduras y grandes columnas de polvo, absolutamente nada percibía.

Á poco entramos en unas callejuelas torcidas con casucas insignificantes, habitadas por viejas sucias, muchachos mugrosos y léperos borrachos. Iba el coche deshaciendo los montones de basura, atascándose en los baches del camino, bordeando las atarjeas, ahuyentando